

XVIII CONGRESO NACIONAL DE LIBREROS

Ourense, 1 al 4 de mayo

Antonio Basanta Reyes

Queridos amigos y amigas:

Gracias por invitarme a vuestro Congreso; por hacerlo a esta mesa redonda, en la que tanto me complace intervenir y por permitirme el reencuentro con mi querida Galicia, a la que me siento tan vinculado.

Me alegra enormemente además que en el enunciado de este panel, librería y lectura actúen como términos equivalentes, lo que no siempre se expresa con tanta claridad y, menos aún, así se entiende.

No son pocas las ocasiones en que, en España, se habla de lectura y se oculta la aportación de las librerías y de los librereros: se traen a colación las bibliotecas, se describe la labor de los editores, se insiste en la necesaria complicidad de los medios de comunicación, se apela al valor formativo de los centros escolares... E incomprensiblemente se silencia la función de la librería, como si su contribución al desarrollo lector fuera epidérmica o insustancial

Nada más lejos de la verdad. Mi experiencia personal y profesional me ha demostrado todo lo contrario. Y con rotundidad que, sin una red tupida, profesional y dinámica de librerías, la construcción de la sociedad lectora se torna en un objetivo inalcanzable. Que sin la presencia de lo que vosotros representáis, en términos de independencia, pluralidad, libertad y pasión,

condiciones todas ellas fundamentales para que la lectura exista leer en plenitud se convierte en una utopía o en un fraude.

Pudiera derivar semejante olvido de esa actitud disgregadora que ha definido, durante demasiados años, las relaciones de todos y cada uno de los componentes del sector del libro. Una actitud, me atrevo a señalarlo aun a riesgo de parecer inoportuno, sustentada en la desconfianza mutua y en el individualismo.

Y, sin embargo, creo firmemente que la causa del libro y la lectura sólo la podemos encarar desde una posición integradora y solidaria. Que, con el respeto a la condición que cada cual ocupa en el ecosistema del libro, libreros, editores, distribuidores, bibliotecarios, medios de comunicación, docentes..., sector público y sector privado, juntos hemos de abordar sus necesidades y carencias y, desde diferentes tonos, interpretar una única melodía.

Como en la moderna física nuclear, la cuestión consiste en ser capaces de extraer nuestra energía de la fusión, no de la fisión. Y en ser conscientes de que de nuestra capacidad de caminar juntos depende en buena parte nuestro futuro. Y de la lectura y los libros, ese peculiar objeto que **Borges** definía como la más humana de las creaciones: "***De los diversos instrumentos inventados por el hombre el más asombroso es el libro: todos los demás son extensiones de su cuerpo...Sólo el libro es una prolongación de su imaginación y su memoria***".

Es desde esta perspectiva de trabajo en común, desde la única que me atrevo hoy intervenir ante todos vosotros, proponiéndooos algunas reflexiones sobre las

que articular nuestra actuación conjunta. Sencillas consideraciones que iré desgranando en mi exposición y que encabezo con esta primera.

PRIMERA CONSIDERACIÓN

La lectura no es una actividad en retroceso, sino en permanente expansión, y su desarrollo en nuestra sociedad es imparable.

Por lo tanto, cuantos giramos en torno a la lectura, lejos de ser comparsas de una muerte anunciada, formamos parte de un movimiento universalmente emergente, que va a significar uno de los cambios más trascendentales vividos por nuestra sociedad. No somos carne de un trasnochado pasado, sino habitantes de un territorio de vanguardia, modernidad y futuro.

Nunca como hoy la lectura ha desarrollado una posición estratégica de tan vital importancia. Jamás la sociedad, a lo largo de su historia, ha sido capaz de producir la cantidad de información que hoy genera, buena parte de ella en forma de libro.

Y nunca como ahora - ése es el verdadero reto - tal cúmulo de información puede y debe convertirse en mayores dosis de conocimiento, en una sociedad que, tal vez para siempre, será la del aprendizaje continuo.

La clave para que todo esto se produzca reside precisamente en la lectura. Sólo a través de ella, la información se torna en comprensión y en conocimiento. Y únicamente mediante ella podremos combatir los dos peligros que hoy nos acechan: las dificultades para acceder a dichos aportes de información y la administración de su exceso.

En el caso concreto de España, además, esta situación cobra tintes especiales. No hace demasiado tiempo éramos un país masivamente analfabeto. En 1912, el 64% de la población masculina ignoraba la lectura y la escritura. Y, entre las mujeres, la tasa sobrepasaba el 78%.

Hubo que esperar a los años 80 para que la totalidad de nuestra población estuviese escolarizada, dejando aparte el doloroso caso de algunas poblaciones marginales. Por lo tanto, el acceso pleno a los niveles elementales de la lectura es, en España, un fenómeno reciente.

Para nuestro pesar, este esfuerzo de escolarización no siempre ha ido acompañado de una óptima metodología lectora o de los equipamientos necesarios y mínimos para su desarrollo. Sirva como muestra, la desconsoladora situación que aún hoy en día tienen las bibliotecas escolares en la mayor parte de los centros docentes españoles. Y en muchos otros parámetros nos encontramos extraordinariamente lejos de donde debíamos.

Por ello, para mí, son tan estimulantes los datos sobre hábitos lectores en España que arrojan las encuestas. Sí, he dicho estimulantes, no decepcionantes. Y procuraré explicar.

Que la mitad de nuestra población lea al menos un libro a lo largo del año y, con cierta frecuencia, algo más del 30% de la misma, nos coloca a una distancia considerable - entre 20 y 25 puntos - de los países más desarrollados de nuestro entorno, cuyas tasas globales de lectura sobrepasan el 70%, con frecuencia contrastadas de más del 50% de su población.

Pero, claro, detrás de tales porcentajes aparecen razones contundentes que los explican: sus inversiones lectoras por habitante y año duplican y aún triplican las españolas. Su red de bibliotecas es, en el menor de los casos, un 50% mayor que la nuestra. Sus bibliotecas escolares son la base de su crecimiento lector. Sus servicios públicos de lectura atraen una inversión en adquisiciones superiores en un 80% a la que realizamos en España, muchas de tales compras, por cierto, se ejecutan a través de las librerías - y en la renovación de las colecciones hay una rotación 2'7 veces mayor que la española, por citar tan sólo algunas variables....

Por lo tanto, si las diferencias respecto a los recursos movilizados entre aquellos países y el nuestro son tan descomunales, ¿no es verdaderamente revelador que "sólo" - entre comillas - nos lleven la distancia porcentual a que antes aludíamos? ¿Qué habría ocurrido si en nuestra nación se hubieran ejecutado acciones semejantes? O ¿qué ocurrirá si hacemos lo que debemos y mantenemos y ampliamos el esfuerzo que se ha venido ejerciendo en España durante estos últimos quince años? ¿No estaríamos / estaremos, tal vez, a la cabeza de los rankings lectores? Máxime cuando, para ello, poseemos dos elementos capitales, responsables principales, en mi opinión, de que el desplome lector en España no haya sido catastrófico: la calidad de nuestra oferta editorial y la de nuestra red de librerías.

Con mucho menos apoyos que otros hemos recorrido, especialmente en los veinte últimos años del siglo XX, un trayecto considerable, mostrando que es absolutamente falso que el español por naturaleza, inclinación o capricho sea refractario a la lectura. Tanto como irrefutable que en España hay más lectores

que cuantos nuestros distintos gobernantes - con honrosas excepciones - se empeñaron en tener. Y que, en pocos países como el nuestro, han existido obstáculos mayores, más abundantes y más contemporáneos para acceder al libro y a la lectura.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN

El libro sigue siendo uno de los soportes básicos de la lectura. Pero el auténtico protagonista de la lectura no es el libro, sino el lector.

"Una obra que no ha sido leída es una obra que no ha sido escrita", sentenció el narrador, poeta y ensayista francés Maurice Blanchot.

Durante demasiado tiempo, digámoslo abiertamente, el sector del libro en España ha vivido de cara al producto y casi de espaldas al lector. Es lo que explicaba, por ejemplo, la existencia de aquellas bibliotecas sombrías y lóbregas, donde la colección bibliográfica se guardaba bajo llave y el usuario, casi siempre, sentía la mirada con que se escruta a un sospechoso. O el rigor y la frialdad de ciertos establecimientos librereros. O la encopetada y elitista crítica. O esa edición - no ya sin editores, como diría el título feliz de Shiffirin . sino paradójicamente sin lectores.

Afortunadamente el cambio que experimentamos en la actualidad es radical. Y a él ha contribuido no poco la experiencia de las librerías, primeras en ser conscientes de que en su

negocio el factor capital es el cliente, el lector. Y que éste demanda de ellas fundamentalmente dos condiciones:

- a) Qué las librerías les proporcionen el enlace, la seducción, el encuentro con el libro.
- b) Que las librerías les provean de la orientación e información que, como lectores, necesitan.

Respecto a la primera de estas demandas, únicamente añadir que siempre he creído que leer es una verdadera pasión, muy cercana en escenografía y vivencia a la del amor. Y que uno sólo es lector cuando con el texto establece la relación del amante y el amado.

Nada hay más parecido a enamorarse que leer. Y el lugar privilegiado para esa seducción es la librería. Porque ella tiene lo que nadie más posee: la presencia real del lector y de la prolonga y se consume, como en el amor, con la posesión íntima y continuada.

Ese valor de la presencia es lo que seguirá dando a la librería carta de naturaleza, por encima de otros ejercicios simulados, virtuales o no, que sólo se justifican si terminan desembocando en el encuentro físico. Porque es entonces cuando, como en el amor entran en juego todos los sentidos. Se lee con la vista. Pero, por supuesto, también con el olor, con el rumor, con el gusto. Y, cómo no, con esas sensación única que transmite el tacto. Que sólo tocando hacemos las cosas inolvidablemente nuestras.

La enorme cantidad de títulos producidos justificaría por sí sola la necesidad que todos sentimos de ser

informados. Pero también, no lo olvidemos, la propia evolución social. Hoy más que nunca cada lector es el patrón de su rumbo. Y las formas de navegación, tantas y tan diversas como lectores existen.

Decir información es decir orientación. Y orientación significa capacitación, criterios e instrumentos para ejercerla. De ahí que considere capital que los profesionales de la librería dispongan y disfruten de cuantos sistemas informativos sean posibles. De ahí también mi particular empeño y el de la Fundación Germán Sánchez Ruipérez que dirijo por poner a vuestra disposición nuestra ilusión y nuestro trabajo.

Y ahora se nos presenta, en breve plazo, una ocasión propicia: el nacimiento del Servicio de Orientación de Lectura que próximamente verá la luz, en el que tan imprescindible nos parece la participación de los librereros. Para cuantos hemos puesto en marcha el proyecto, a iniciativa de la Federación de Gremios de Editores de España en el entorno del Plan de Fomento de la Lectura, sería excepcional contar con vuestra presencia, pues vuestro conocimiento, experiencia y sentido nos resultan imprescindibles. Ojalá que los primeros contactos que en tal sentido ya hemos establecido fructifiquen debida y rápidamente y las librerías españolas tengáis verdadera carta de naturaleza en este proyecto en el que tanto confiamos.

TERCERA CONSIDERACIÓN

En la promoción de la lectura, debemos dirigir la mayor parte de nuestros esfuerzos a quienes leen más que a los no lectores.

Ya sé que esta es una aparente obviedad, pero os pediría que reflexionásemos sobre la enorme cantidad de ocasiones en que hacemos exactamente lo contrario.

Y yo me pregunto ¿de dónde procede esa insistencia por hablar de lectura a quien no tiene la más mínima preocupación por ella? ¿Por qué al amante de las mariposas le queremos convencer de las virtudes del elefante? ¿No hay en muchos de nuestros planteamientos un exceso de catequización, una abundancia sobrada de laicos apostolados, evangelizadores, una imitación de viejas e ineficaces inercias, y la falta más absoluta de imaginación, determinación y audacia?

Que nos preocupan más los no lectores que lo lectores se comprueba en la comunicación que hacemos, por mencionar sólo un caso, de los resultados de las diversas encuestas sobre hábitos de lectura. Titulares como "En España sólo leen un x por ciento de la población..." o "La lectura sólo la practica uno de cada tres españoles..." configuran frecuentemente los ejes comunicativos que los medios de comunicación recogen con insistencia y no sé si con cierto aburrimiento. Todo conduce a la denuncia y el lamento(¿Y conocéis a muchos que se sientan especialmente estimulados, entusiasmados ante un horizonte de quejas o de decadencia?)

No digo yo que tales datos carezcan de importancia, pero ¿cuál es la efectividad de tan insistente comunicación? ¿Movilizar a los líderes de opinión, a los responsables políticos, a la sociedad en general? Os aseguro que he estudiado detenidamente cada uno de los periódicos que han publicado tales encuestas y en ninguno he encontrado, no ya un editorial dedicado al tema, sino ni siquiera una mínima carta al director. ¿Por qué seguir insistiendo en el mensaje negativo y no lanzarnos abiertamente, sin miedos ni complejos, a la generación de noticias positivas? Si la buena nueva está en todos y cada uno de los que leen. ¿No es más eficaz, como noticia y como estímulo, aquella difundida hace meses, de la anciana que aprendió a leer a los 95 años que las frías y deprimentes estadísticas? ¿No vale mucho más su testimonio de ilusión y esfuerzo que las cifras siempre frías e inapropiadas?

Para mí, la fuerza persuasiva de la cantidad y calidad de los que no leen nada puede contra la atracción de los que leen. Y es que nada hay que convoque más a la lectura que la propia atracción de un lector. **Goethe** decía **que el mejor espectáculo que los hombres podemos ofrecer a los dioses es el de dos personas enamoradas. Pues, el mejor tributo que podemos rendirle a la lectura es el de los lectores. Y su propia existencia permite su crecimiento. Porque la lectura es contagiosa, como la risa o el deseo.**

Y si es así, ¿por qué no sacamos al primer plano al lector, hablamos no de los que no leen, sino de los

que sí lo hacen y lo convertimos en el núcleo capital de nuestra posición? ¿Cuándo vamos a dar la necesaria visibilidad a ese espectáculo de lectores que, por ejemplo, se produce cada día en nuestros transportes públicos? ¿Cuándo vamos a proyectar a nuestra sociedad la imagen real, no almibarada ni ficticia, de los jóvenes, adultos y ancianos que en nuestro país leen? ¿Cuándo nos vamos a interesar no ya por cuánto leen, sino sobre todo por cómo, por qué y para qué lo hacen?

Muchas veces he pensado que una buena campaña de comunicación consistiría simplemente en sacar unas cámaras a la calle y, en plan reality show, que tanto ahora se lleva, salir a la búsqueda de lectores. Y encontrarlos, y hablar con ellos, y dejarnos que ellos nos den las razones de su lectura y nos cuenten sus sensaciones, sus vivencias, su experiencia con el texto que están leyendo. Personajes populares, por qué no, pero sobre todo personajes anónimos, ciudadanos como usted y como yo que necesitan de la lectura para vivir más felices.

Hay que partir del lector para llegar a él. Y así conseguiremos asentar a los lectores que ya existen y atraer a todos los que, a partir de ahí, se interesen por ello. Que el principio de toda lectura es siempre la curiosidad.

CUARTA CONSIDERACIÓN

Leer mucho es una consecuencia de leer bien, y no al revés.

Siempre me ha sorprendido el valor que, cuando se habla de lectura, alcanza lo cuantitativo y no lo cualitativo. Es muy frecuente hallar información sobre el cuánto se lee, cuánto se edita o cuánto se vende. Hacerlo del cómo y el qué es menos habitual. Y, casi insólito hablar de la calidad lectora.

Una vez más nos encontramos ante una paradoja perturbadora. "**Lea usted mucho**", parece nuestro mensaje principal. "**Lea usted bien**" preferiría yo. Que la lectura pausada, personal y libre de un texto nos llevará, con toda seguridad, a la de otro. Quien un día lee de verdad, ya jamás podrá dejar de hacerlo. Esa es la fuerza del vínculo y el "**riesgo**" del compromiso.

"Algunos entramos un día en los libros como quien entra en una verdadera religión, en una secta...Peor, porque no hay apostasía imaginable: el efecto de los libros sólo se sustituye o se alivia mediante otros libros. Es la única adicción verdadera que conozco, la que no tiene cura posible. Con razón que los adultos que se encargaban de nuestra educación se inquietaran ante una afición sin resquicios ni tregua, con temibles precedentes morbosos...También literarios : ¡El síndrome de don Quijote! De vez en cuando se asomaban a nuestra orgía para reconvenirnos : ¡No leas más! ¡Estudia!" (Fernando Savater. Llor al leer.)

Me parece muy importante que en un momento como el que vivimos reivindiquemos el valor de una lectura de calidad, lo que, de inmediato, nos lleva a la

obligación de poner ante los lectores unos productos y un servicio igualmente apreciables.

Recuerdo que, cuando era muy pequeño, en casa de mis padres existía un libro, grueso y demoledor, que se titulaba Lecturas Buenas y Malas. Muchos de vosotros seguramente lo recordaréis.

Pertenecía a la pluma de un jesuita y era una especie de Índice redivivo, en cuya portada se estampaba el titular, con unos colores que no dejaban lugar a la duda: La frase Lecturas buenas se macizaba en azul falangista y, como no podía ser menos, Lecturas Malas en rojo irredento.

Sin compartir en absoluto el contenido de aquella inefable publicación, sí sin embargo suscribo su intención clarificadora. Me parece fundamental que cada día seamos más selectivos con lo que ofrecemos y que, con los riesgos que ello significa, operemos por ofrecer a nuestros lectores aquellas obras que verdaderamente sean acreditativas de nuestra y de su confianza. Un buen libro lleva a otro, del mismo modo que uno malo detiene o aniquila, tantas veces, el propio proceso.

Una librería no puede ser el lugar en el que se exhiba todo lo que los productores son capaces de generar, si no queremos terminar convirtiéndonos en algo parecido a un almacén. Os animo a que entre los librereros fortalezcáis los mecanismos de comunicación que os permitan elaborar unos verdaderos criterios de selección de la oferta. Que consolidéis el trabajo de

red. Y que os sirváis de las nuevas tecnologías para diseñar sistemas de información y formación permanentes. Lo necesitan los libros y los merecen cada uno de vuestros lectores.

QUINTA CONSIDERACIÓN

La lectura combina mejor con el plural que con el singular y el libro abarca hoy mucho más que lo que contiene su definición convencional.

Me gusta más hablar de lecturas que de lectura. Porque creo que ese plural se compadece más con la vocación de universalidad y variedad que la lectura siempre transmite y, sobre todo, porque recoge de forma más precisa las diferentes tipologías lectoras que nuestra sociedad está haciendo surgir.

Hasta hace bien poco tiempo, la lectura por antonomasia era la que se realizaba ante textos literarios o, como licencia máxima, la de obras de Humanidades. ¿Podríamos hoy seguir conservando semejante reduccionismo? ¿Leer obras tecnológicas no es lectura? Pues claro, todas son lecturas, tocadas cada una de ellas de características especiales y que pueden convivir junta o aisladamente. Y cada una de ellas nos traerán nuevos lectores, que siempre deben ser reconocidos como tales.

Recuerdo una conversación que hace años escuché en un autobús de Madrid. Un viajero preguntaba a otro por los estudios de sus hijos.

- ¿Qué hace el mayor? - le decía

Y el aludido contestó:

- Está estudiando Aeronáuticos
- ¿Y el pequeño? - preguntó de nuevo el amigo.

La contestación fue inmediata y demoledora.

- El pequeño no ha querido estudiar. Está haciendo Magisterio.

Me ahorro los comentarios que reservo para mis admirados docentes.

Entiendo poco las jerarquías lectoras. Y mi sueño es que cada lector pueda transitar, viajar por cada uno de los continentes de ese vasto planeta de la lectura, sin más limitaciones que las que establezca su propio apetito. No hay fronteras para la lectura, sólo horizontes. Una línea sutil que se aproxima o que se aleja al paso de nuestro propio discurrir como lectores.

De igual modo, creo conveniente que el libro en su formato convencional deje de ser el soporte único que acredite o no la condición de lector. No soy, bien lo sabéis, sospechoso de desafecto al libro, pero quiero permanecer al menos curioso ante los nuevos soportes de la información. Y, si algún día aparece otro que supere al actual, lo abrazaré con verdadera pasión, porque será capaz de darme más de lo que las versiones antiguas me permitían. ¿Por qué no llamamos lector a quien lee en pantalla? ¿Por qué no contabilizamos como páginas leídas las descolgadas de Internet? ¿Por qué no hacemos que el espacio de la lectura sea eso,

amplio y abierto, universal y libre, independientemente del soporte sobre el que se asiente?

SEXTA CONSIDERACIÓN

La librería, además de un espacio comercial, es un agente de cultura. Y, por encima de todo, un lugar de comunicación.

Supongo que el simple enunciado de este principio puede perturbar a alguno. "Oiga" - me dirá . "que una librería no es una fundación, ni una asociación benéfica. Si no obtengo el beneficio necesario, he de cerrar el negocio. Así que déjese usted de pamplinas".

Pues puede que, quien así piense, tenga toda la razón. Pero a mí me parece que ambas cosas no son campos incompatibles. Claro que una librería no puede ni debe perder de vista jamás su configuración empresarial, y que dicha misión es irrenunciable. Pero creo que es necesario que la sociedad sea capaz de percibir a la librería como algo más que un simple mecanismo de transacción comercial. Y sí como un recinto agente de cultura. Y ello, porque me parece que ahí reside una de las razones que justificarán su pervivencia, siendo así que la librería soporta, como pocas, una arriesgada y fragilísima posición en el circuito empresarial del libro.

La deriva actual de la economía se muestra beligerante ante cualquiera de los espacios de intermediación. Y allí donde los detecta, trata de eliminarlos, en su afán, casi obsesión, de generar una relación entre el

productor y el consumidor lo más directa posible. Y si el negocio del que estamos hablando es de margen corto - y no hay duda de que el del libro lo es - el acoso puede ser irrefrenable.

La única forma de vencer esa mecánica es que la librería ofrezca un claro valor añadido. Y nada más. Dificilmente podrá entrar en la guerra del precio del producto. Sí en la de la calidad de su servicio_ hemos hablado ya de la información, hemos hablado de la seducción, de la orientación. Y de la selección. Permitidme ahora hacerlo de la comunicación y el diálogo. La ya aludida del lector y la obra. Y la fundamental del librero con sus lectores. Eso lo que más apreciamos. Un diálogo que a veces se hace sólo de gestos, pero que también se compone de palabras. O la librería es un recito de comunicación ¿o en qué se convierte? Porque la librería es ese espacio único entre el tú y el yo, ese vínculo que los hombres necesitamos y al que el libro siempre apela. Porque, como decía **Walt Whitmann**, quien toca un libro, toca a un hombre...

Aquí cierro mi intervención de esta mañana. Y quiero hacerlo no con mis palabras, sino con las de una de las personas que con más lucidez y amenidad ha escrito sobre la lectura y los lectores. Que este texto sirva como agradecimiento a la labor de todos vosotros, libreros, librera, en mi caso, a los que tanto debo. Dice Fernando Savater:

"Ser por los libros, para los libros, a través de ellos. Perdonar a la existencia su básico trastorno,

puesto que en ella hay libros. No concebir la rebeldía política ni la perversión erótica sin su correspondiente bibliografía. Temblar entre líneas, dar rienda suelta a los fantasmas capítulo tras capítulo. Emprender largos viajes para encontrar lugares que ya hemos visitado subidos en el bajel de las novelas, desdeñar los rincones si luteratura, desconfiar de las plazas o las formas de vida que aún no han merecido un poema. Salir de la angustia leyendo: volver a ella por la misma puerta. No acatar emociones analfabetas. En cosas así consiste la perdición de la lectura. Quien la probó, lo sabe."

Muchas gracias.

2 de mayo de 2002